

LA semana política de A.L.

JULIO SAU AGUAYO

Factores internos y factores externos

La interrelación dialéctica entre los factores nacionales y los factores internacionales como clave interpretativa de los fenómenos políticos —sobre la base de la preponderancia de los primeros sobre los segundos— constituye una premisa que nos ayuda a comprender mejor la realidad política contemporánea en América Latina. Examinemos brevemente, a la luz de esta afirmación, algunos de los más relevantes hechos de la semana.

En Centroamérica, la progresiva participación norteamericana en El Salvador y la intervención coordinada de los ejércitos de Guatemala y Honduras en la represión al pueblo salvadoreño no han logrado impedir ni la continuación de la guerra popular en El Salvador, ni el incremento de acciones armadas de resistencia en los dos últimos países, particularmente en Guatemala. Desesperado ante tal situación, Napoleón Duarte ha hecho recientes declaraciones, a la radio WRHC de Miami, en las que urge al Gobierno de Reagan a entregarle a la Junta una ayuda "más efectiva, rápida y directa", y reafirma que, eventualmente, ésta está dispuesta a recurrir a la OEA para que avale las medidas destinadas a estabilizar su Gobierno. En este caso podemos ver con claridad como, a pesar de la envergadura de la intervención de Estados Unidos en un proceso revolucionario, de las amenazantes maniobras militares que éste ha realizado o está a punto de realizar, como la denominada operación Black Fury IV, y de la abierta participación de países vecinos, el carácter profundamente popular de las luchas de liberación en El Salvador es el factor determinante en la continuación de la lucha y en sus perspectivas estratégicas.

La agudización de la lucha de clases en Centroamérica y el Caribe, que no es sino la expresión de una profunda crisis estructural de las sociedades nacionales, tiene también en Costa Rica manifestaciones cada vez más concretas. A la crisis económica que afecta a Costa Rica se ha agregado ahora una crisis política, que amenaza seriamente la normalidad democrática que ha caracterizado a este país centroamericano. Demostraciones concretas de lo anterior han sido la violenta represión a una manifestación popular de apoyo a El Salvador, la clausura de Radio Noticias del Continente —hecho que viene a alterar más de treinta años de respeto a la libertad de expresión— y el viraje a la derecha del Partido Liberación Nacional, que es el único partido socialdemócrata que comparte la tesis norteamericana de que en El Salvador la lucha se libra entre la extrema izquierda y la extrema derecha, representando por consiguiente la Junta un sector de centro que puede salvar al país. El temor a una situación revolucionaria proviene, por lo tanto, no sólo del contexto centroamericano y de la influencia de Estados Unidos, sino de la propia crisis interna.

En América del Sur, las luchas populares siguen siendo el factor determinante de los acontecimientos políticos nacionales, a pesar del recrudecimiento de algunos conflictos fronterizos, que tiene siempre como telón de fondo, que explica que agudizaciones, la actividad del movimiento popular. Podemos comprobar lo anterior con las secuelas del conflicto entre Ecuador y Perú, de acuerdo a informaciones de hechos ocurridos en la semana. En tanto el Gobierno peruano ha incrementado su lucha en contra del terrorismo y un vocero suyo ha manifestado que el Pacto Andino, ya bastante maltrecho, no debe jugar ningún papel político en América Latina, Ecuador anuncia un aumento del presupuesto militar para hacer frente a una eventual agresión peruana. La respuesta política al problema ha sido, sin embargo, diferente en ambos

casos. El presidente Roldós parece haber emergido fortalecido de la crisis, optando por la adopción de una política económica de congelación de precios y de aumento de impuestos al capital, para financiar los gastos de defensa. En cambio, el Gobierno de Belaúnde parece haberse debilitado aún más ante la agudización de los conflictos sociales, la progresiva fuerza de la izquierda nacional y las exigencias de derechización proveniente de los fortalecidos círculos militares.

Otro conflicto fronterizo, el del canal de Beagle, parece ensombrecer el panorama político sudamericano. Chile ha entregado ya la respuesta a la proposición del mediador Samora y Argentina debe entregarla en los días próximos. No se conoce el tenor de una ni, obviamente, el sentido de la otra, pero hay claros indicios de que Argentina no aceptará sus términos incondicionalmente. Los síntomas de endurecimiento de las relaciones entre ambos países han recrudecido en la semana —persecución de aviones detención de barcos, denuncias de espionaje, etc— y todo parece indicar que el problema puede volver a fojas cero. Ello no sería extraño si pensamos que este conflicto ha servido tradicionalmente para forzar la "unidad nacional" ante el "enemigo externo". Ambas dictaduras introducirán en marzo leves cambios en su estructura política —Pinochet asumirá como presidente "constitucional" y Roberto Viola como presidente "elegido"— lo que puede generar presiones de sectores políticos nacionales de centro por ampliar la instancia política, por lo que el conflicto les sirve para desechar tales pretensiones. Por otra parte, en el caso chileno, la reactivación del movimiento popular a nivel sindical y estudiantil y las formas armadas que ha asumido la resistencia, son factores que hacen que el conflicto pueda servir también para justificar niveles aún mayores de represión. En este caso, una vez más, son los factores nacionales los que determinan la adopción de determinadas pautas de conducta en las relaciones internacionales.